

Recordar, compartir, aprender

Oviedo

Mari Muñiz González, 68 años

Inaciu Galán y González, 22 años

RECUERDOS DE 'CUANDO LA FAME'

Mari muestra en sus andares los achaques propios de la edad y de una operación de cadera pendiente para después del verano. Sin embargo, su espíritu no parece preocuparse ni recordar todo lo sufrido en casi 70 años de vida. Al contrario, domina la situación sobre el terreno, es una mujer segura de sí misma y que contagia su alegría a los demás.

Nos citamos en el Centro Social de Les Caldes, una villa termal del concejo asturiano de 'Uviéu', donde disfruta de casi todo el tiempo libre que le otorga la jubilación. En seguida se ve que, ante cualquier duda, todos acuden a Mari; conoce cada lugar del centro como su propia casa. Y no es para menos. "Aquí"-comenta en un asturiano bien conservado- "hacemos cocina, gimnasia, jugamos al bingo, trabajamos con ejercicios para mejorar la memoria...". Inmediatamente me doy cuenta, Mari no parece necesitar tales ejercicios, recuerda toda su vida y entusiasmada empieza su relato, mientras le quita importancia a su interesante vivencia.

Le tocó nacer en mal momento, ella y muchos asturianos nacidos entonces recuerdan la posguerra simplemente como 'cuando la fame'. Asturias vivió entonces uno de sus peores momentos de pobreza y hambruna. Pero Mari no lo recuerda con amargura, sino como un tiempo en el que era feliz. "Antes valorábamos más las cosas", piensa unos segundos y sentencia, "No es más feliz el que más tiene, sino el que se conforma con lo que tiene".

Vivir en 'el tiempo de la fame' significaba buscarse la vida cada día. Su padre trabajaba en la fábrica de Trubia, a varios kilómetros, y el sueldo no daba para ningún lujo, más bien casi no daba ni para lo más básico. Cada día, el tren paraba a las doce en Caces, el pueblo natal de Mari, para que las mujeres de los trabajadores dejaran su comida en un vagón, de donde luego la recogían los obreros al mediodía. El precio por el transporte del avituallamiento, una peseta, lo pagaba una vecina cada vez. Mari se ríe con picardía al recordar cómo no siempre que les tocaba, tenían la peseta, y cómo entonces escapaba del maquinista después de subir la comida de su padre al tren.

Pronto tuvo que ayudar al sustento de su familia y para ello se puso a trabajar en una casa de comidas cercana. "Con 11 y 12 años fregaba las mesas de madera con lejía para sacar la marca de los vasos; me sangraban los dedos de frotar", recuerda mientras se mira las manos como si todavía pudiera sentir el dolor. Mari se consuela: "Tuve una vida muy mala, pero al mismo tiempo tuve mucha suerte, di con gente muy buena en los 54 años que pasé trabajando".

En la casa de la familia de Mari, en Caces, había chimenea, pero carbón... eso ya era otra cosa. Los sábados y domingos tocaba ir a la vía del tren a por la hulla que caía cuando pasaban los vagones repletos del mineral: "A veces algún maquinista nos veía con cara de hambre y tiraba un par de paladas del carbón de la locomotora, aquello era la gloria".

Y es que con ese carbón podían asar algunas castañas y manzanas. Mari recuerda estos ingredientes y no duda: "Habría que hacerles un monumento, con una manzana asada y una taza de leche ya cenabas".

Pero nada era fácil entonces, tampoco conseguir este mínimo sustento. "Unos vecinos de dinero pusieron unos espinos rodeando una pumarada muy buena que tenían y no había manera de coger una manzana, así que un día hicimos un pincho con un palo muy largo y allí estábamos todo el día para poder pescar una". Con las castañas pasaba algo parecido, la familia de Mari ni soñaba con tener un castañar, así que recorrían los montes de la zona a escondidas: "Si aparecía el dueño del terreno, le tenías que dar la saca con las castañas". Estos



viajes se aprovechaban bien. “Las castañas podridas también se recogían en otra bolsa, para dárselas después a los cerdos”, recuerda como si fuera ayer mismo.

El hambre, dicen, agudiza el ingenio. Muchos raposos acababan en la pota cuando el padre de Mari los encontraba atropellados por el tren a la vuelta del trabajo: “Cuando llegaba mi padre con un ‘raposu’ al hombro, aquello era una fiesta, un auténtico banquete”. Algo parecido pasaba cuando la empresa de su padre entregaba una cesta con productos en Navidad. Comían sólo una tableta de turrón en todo el año, pero disfrutaban más que con todos los dulces que podemos tomar hoy en día en esas fechas.

En casa de Mari cada hecho cotidiano, como hacer la colada, era un acontecimiento: “El sábado mi madre lavaba la ropa e íbamos para la cama desnudos, porque solo teníamos un juego para cada uno, ¿tu te imaginas eso ahora?”. Mari me mira y cómplices nos reímos pensando en los amplios roperos que todos acumulamos hoy en día.

A pesar de que la historia de esta mujer, toda la vida trabajando muy duro, puede parecer triste, ella habla siempre con cariño de estos hechos y recuerda con gratitud a muchas personas: “En aquella época los vecinos eran de verdad vecinos; iba a casa de una de ellas a remendar calcetines y cosía lo que me pedía, luego me daba un bocadillo”.

Mari descansa hoy del duro quehacer de tantos años y con la misma alegría que entonces. “Con todo lo que teníamos encima y siempre estábamos cantando, ahora sí que tienen motivos para cantar”, reprocha con benevolencia.

Hoy vive todavía con una de sus tres hijas y su marido. De él, dice que es un buen hombre, pero se ríe y añade: “Seco y soso a más no poder, no hay quien lo saque de casa”. Ella, de todas formas, no permite que esto pare su frenética actividad. Mientras él ve películas del oeste en casa, ella hace excursiones con sus amigas del centro, participa en concursos de cocina, anima a su equipo de fútbol, el Real Oviedo, y disfruta de todo lo que no pudo disfrutar en su infancia y juventud, ‘cuando la fame’.

Después de unas horas más de agradable conversación, Mari me tiene que dejar. Su apretada agenda de actividades solicita su presencia en un taller de navegación por Internet. Dice no manejarse todavía bien, pero ya es capaz de leer los periódicos en línea; y viendo su facilidad para adaptarse a los nuevos tiempos, no me extrañaría que en mi próxima visita ya maneje el ordenador con más facilidad que yo.